



1

La misteriosa lucecita roja

¿Qué había sido aquello?

Casi no podía respirar.

Quiso salir corriendo, pero estaba tan asustada que parecía que las piernas se le hubiesen vuelto de plastilina.

!!!Ringgggggg!!!
gggggggg

El timbre sacó a Bea de sus pensamientos. Necesitaba buscar alguna excusa para presentarse en el campo de fútbol antes de la hora acordada con su padre porque a él no le gustaba que lo molestara durante el entrenamiento. Sin embargo, eso era precisamente lo que ella quería. Ver cómo preparaban el partido.

Bea dio un brinco con intención de salir corriendo de la clase, pero permaneció clavada en el pupitre al toparse con la nariz arrugada y los ojos achicados de don Anselmo, el gesto adusto que el profe componía

cuando se enfadaba. A pesar del jaleo en los pasillos, él había permanecido inmóvil junto a la pizarra, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

De todos los profesores de primero de la ESO, era el más particular. Con su pelo color zanahoria siempre tan repeinado, los pantalones de pinzas y las corbatas retro, parecía como si el tiempo no hubiera pasado por él. Acostumbraba a mantener la tiza en la mano y no sabía encender la pantalla digital. Era el profesor más protestón, pero también a quien menos le duraban los enfados.

—¡De aquí no se mueve nadie hasta que yo diga!
¿Enterada, Beatriz?

Clavó en ella sus ojos azules, casi transparentes, mientras Bea asentía con la cabeza. «A ver si también va a ser uno de esos mentalistas que adivinan el pensamiento», pensó la chica. Una de sus piernas empezó a temblar de forma descontrolada bajo el pupitre por la impaciencia.

—Recordad que no somos una manada de cabras salvajes —añadió ajustándose el nudo de la corbata y recolocándose el cuello de la camisa, blanca en otros tiempos.

El tono había cambiado. Dio unos paseos por la clase con las manos a la espalda para soltar la retahíla de siempre:

—¡No entiendo por qué después de tantos años conseguís sacarme de mis casillas! En fin, id saliendo despacio y en silencio.

Bea se escabulló entre los compañeros dando codazos para salir enseguida. Nada más alcanzar el pasillo, echó a correr como una centella para encontrarse fuera con sus amigos.

Cuando sobrepasó la barrera de alumnos arremolinados en la puerta del instituto, vio a Marcela a la sombra del gran avellano plantado al otro lado de la calle. Recogía con una mano su melena rubia y con la otra se abanicaba. Al lado estaba Juan, apurando los restos de una bolsa de patatas fritas. Cruzó rápido la calle y se reunió con ellos.

—Bea, siempre sales de las últimas. Estábamos a punto de irnos, hartos de esperarte. Nos vamos a derretir de calor —le reprochó Marcela sin ni siquiera saludarla mientras se recolocaba el top dentro del pantalón.

—Lo siento, pero...

—Como hace mucho calor, hemos quedado para pasar la tarde en la alameda del arroyo. ¿Te apuntas? Tony también viene, pero no os pongáis pesaditos con el balón, ¿eh?

—Yo me llevo las cartas del *Double* y tú, el *Uno*, Bea. Y compramos patatas y gominolas para luego —añadió Juan, que no solía resistirse a la combinación chuches-merienda en cualquier contexto y circunstancia.

Bea se mordió el labio. Desde luego, con el calor que hacía, la alameda era un buen sitio. Incluso, a lo mejor, podía convencerlos para pasarse un rato el balón bajo los álamos, aunque los otros protestaran. La idea la

atraía como el imán al hierro, pero aquella tarde tenía otros planes. Su padre, entrenador del equipo de fútbol local, le había pedido que fuera a buscarlo después del entrenamiento. Verían una película en el cine del centro comercial que había cerca del estadio. Bea sabía que a su padre no le gustaba que llegara antes, porque distraía a los jugadores, pero le encantaba observarlos para aprender de ellos.

«Para ser un jugador profesional, como fui yo, solo hay que tomárselo en serio y trabajar, trabajar mucho», le había asegurado la noche anterior. Él había jugado como delantero centro del Real Valladolid, pero una lesión en la rodilla le impidió continuar en el equipo. Bea se lo tomaba tan en serio que no le habría importado entrenar cada día, pero, en cuanto le hablaba de ello, él encontraba alguna excusa para no llevarla a los entrenamientos.

–Yo no puedo –respondió Bea a sus amigos un poco apesadumbrada.

–Pero ayer tampoco viniste –le reprochó Juan frunciendo el ceño–. Estás muy rara últimamente.

«¡Raro tú, que eres chico y no te gusta el fútbol!». ¿Rara ella? No era el adjetivo que utilizaría para explicar cómo se sentía. ¿Cómo se describiría a alguien que no puede hacer lo que le gusta? ¿A alguien cuya pasión no entienden o no comparten las personas de su entorno solo por salirse de lo habitual? Por muchos cambios que parecían producirse, todavía quedaban muchos prejuicios. Demasiados.

Era una chica, sí, pero no de las que se pasan la vida delante del espejo. Simplemente, quería jugar al fútbol y no tenía con quién. No podía contar con sus amigos. A Marcela no le gustaba nada que estuviera relacionado con un balón. Según ella, eran deportes de chicos. Y en cuanto a Juan, cada vez que Bea llevaba la pelota al arroyo, lo máximo que admitía era ponerse de portero un rato y sin dejar de protestar. Prefería cualquier cosa con tal de no moverse demasiado. El único con el que podía intercambiar algunos pases era Tony. Decía que no había conocido a una chica que pegara unos chutes tan fuertes como ella. A veces quedaban un rato antes para hacer unos regates, pero, cuando estaban los cuatro, era imposible.

Del instituto, mejor no hablar. Solo jugaban chicos y no era capaz de pedirles que la dejaran participar. Alguna vez Tony había mediado y lo máximo que había conseguido era que la pusieran de portera, lo que a Bea le aburría en extremo.

Y su padre... Su padre no la tomaba en serio. Cada vez que ella sacaba el tema, él insistía en que se centrara en los estudios y que más adelante ya verían. ¡Como si el deporte y estudiar fueran incompatibles!

Aprovechaba los ratos que estaba sola para imaginar que era una jugadora profesional. En casa, retiraba algunos muebles del salón para tener más espacio y practicaba regates y dribles con las sillas y los coji-

nes que tiraba al suelo. Y de vez en cuando iba a un solar que había detrás de su bloque para chutar contra las paredes.

–Luego os escribo para quedar mañana –respondió Bea sin dar más explicaciones, y se marchó corriendo calle abajo.

Unos minutos después llegó a casa, dejó la mochila en la habitación y le dio un beso a la foto de su madre colocada sobre la mesilla de noche. Según su padre, se parecían mucho: morena, ojos marrones, piel clara, pecas alrededor de la nariz y melena lisa. Al dejar el cuadro, se percató del balón de reglamento ubicado entre las patas de la mesilla, lo sacó con la puntera del pie y... «¡Minuto cuarenta de la segunda parte! ¡Bea ha robado el balón a Marta Vieira, señores! ¡Impresionante! ¡Regatea a Iniesta! ¡Avanza en solitario dispuesta a driblar también a la defensa central!». Pasándose el balón de un pie a otro mientras cantaba la jugada, corrió por el pasillo, entró en el salón y se giró de espaldas al llegar a la mesa; después regateó a una de las sillas y se detuvo pisando el esférico frente a la puerta de la cocina. «¡Atención! ¡Bea se encuentra sola delante de Egea! ¡Controla el balón, dispara por la escuadra y... goooooooooool!».

Lanzó un tremendo trallazo que entró por la escuadra de la puerta como una flecha. Bea cayó de rodillas levantando los brazos con los puños cerrados para celebrar el gol.



«Aplausos, vítores, aclamaciones...».

Sin embargo, en vez de aplausos, vítores y aclamaciones, un estruendo apocalíptico la dejó sin habla. ¡El balón había impactado contra la jarra de cristal colocada sobre la encimera y la había hecho añicos!

Se levantó despacio, contemplando el desastre con los ojos como un búho de cartón piedra.

A ver cómo explicaba aquello.

Primero, hacer desaparecer los destrozos y limpiarlo todo antes de que llegara su padre. Fue rápida al lavadero y con el cepillo echó los cristales al covedor para arrojarlos a la basura.

Cuando se diera cuenta, le iba a caer una bronca de campeonato porque le había prohibido mil veces jugar con el balón en casa. Ella asentía delante de él, pero a solas no podía evitarlo. En cuanto veía una pelota, se transformaba y aparecía la auténtica Beatriz, aquella que soñaba con ser jugadora de fútbol.

Hasta donde la memoria le alcanzaba, siempre había estado rodeada de objetos e historias relacionadas con el fútbol. De pequeña se sentaba sobre las rodillas de su padre a ver los partidos retransmitidos por televisión los fines de semana y luego quería imitar a los jugadores dándole patadas a cualquier objeto, redondo o no, que se le pusiera por delante: la bolsa de basura, la papelera, un ovillo de lana de la abuela Isabel... Varias paredes de la casa estaban decoradas con fotos del padre en su época de futbolista. Guardaban álbu-

mes de fotos y recortes de diarios en los cajones de un mueble del salón: «Nicolás Higuera, nuevo delantero centro del Real Valladolid». ¡Le fascinaba verlo en el periódico! La lesión en la rodilla lo apartó del fútbol. De no haber sido por eso, habría llegado a ser un gran jugador. Él no entendía la vida alejado de su pasión, así que trabajaba en una asesoría por las mañanas y por las tardes entrenaba al equipo de fútbol local.

Después de echar los cristales en la basura, vio una nota encima del microondas: «No dejes de comerte las lentejas, Bea. ¡Todas! Y una pieza de fruta. Nos vemos en el estadio, campeona. Pero no antes de las ocho y media».

«Lentejas otra vez. ¡¡¡Ufff!!!».

Poca gracia le hacían las lentejas, pero menos aún quedar con su padre después de los entrenamientos. A la hora que le había indicado él, cuando ella llegara, a lo sumo estarían recogiendo el utillaje. ¿Y si le decía que necesitaba comprar algo antes de ir al cine? ¿O que se había dejado el móvil en casa y se había despistado con la hora? Su pensamiento no dejaba de dar vueltas buscando una excusa para llegar antes al estadio. No solo quería ver cómo entrenaban los jugadores, sino entrenar ella también, aunque eso era aún más difícil.

Ajustó el microondas para que se calentara la comida y salió ofuscada hacia el dormitorio. Abrió el primer cajón de la cómoda. En tres montones apilaba las equipaciones de cuando su padre jugaba al fútbol.

En aquella época, estaba muy delgado y ahora a ella le quedaban bien. Al lado izquierdo del cajón, un sobre blanco destacaba sobre la camiseta de la selección española de fútbol, ambos, regalos de su madre por su último cumpleaños. En el sobre había dinero y una nota. «Bea, si de verdad te gusta jugar, sé tú misma. Hazlo con tu propia ropa. Usa el dinero para completar la equipación». Todavía recordaba el desconcierto cuando leyó la tarjeta ante el gesto cómplice de su madre.

«Si ella estuviera, sería distinto, Bea. Ella sí que te entendía», aseguró su voz interior.

«Sí, listilla, pero no está», se respondió a sí misma con desdén.

«Ni está ni va a volver. ¿No dices que te escucha y te ayuda, aunque esté muerta? Pues pídele que hable con tu padre, anda, a ver si a ella le hace caso. Porque lo que es a ti...».

«¡Claro que me ayuda! Siempre está conmigo, y déjame en paz».

«Bueno, no te pongas así, que yo solo quiero ayudarte».

«Entonces, déjame en paz».

Cierto que su madre había sido la única que la había entendido. Ni siquiera había hecho falta que Bea le explicara nada para que percibiera su pasión por el fútbol.

El sonido del microondas la avisó de que las lentejas estaban listas. Miró de reojo el sobre blanco colocado

encima de la camiseta roja y apartó aquellos recuerdos tristes. Cogió una de las equipaciones de su padre, se la puso rápido y fue a la cocina.

Engulló de mala gana las lentejas intercalando sorbos de agua para no atragantarse. Como postre, eligió un plátano por comodidad. Prefería las naranjas, pero odiaba pelarlas y tardaba una eternidad. En un santiamén recogió la mesa y fregó la vajilla.

Como era fin de semana, tenía un rato para relajarse. Volvió a su habitación. La luz entraba a bocanadas por la ventana, así que bajó un poco la persiana para evitar tanta claridad del exterior y se tumbó en la cama. Luego buscó en la tableta un vídeo con las mejores jugadas de la selección española.

Estaba absorta en las imágenes cuando le pareció ver un punto rojo flotando en mitad de la habitación. Retiró la vista de la pantalla y se incorporó en la cama dando un respingo. De pronto, el punto rojo realizó un giro en el aire y desapareció.

¡¿Qué había sido aquello?!

Casi no podía respirar.

Quiso salir corriendo, pero estaba tan asustada, que parecía que las piernas se le hubiesen vuelto de plastilina.

Se restregó los ojos y echó un vistazo alrededor, desconcertada por lo ocurrido. ¿De dónde había salido aquella luz? Nunca antes había visto nada parecido. Sin apenas mover la cabeza, miró de reojo a un lado y a otro, llena de inseguridad. Sobresaltada.

Presionó con las manos el colchón y se tocó las piernas para cerciorarse de que estaba despierta. Examinó el entorno. Todo parecía en orden. Asustada, cogió de la mesilla la foto de su madre y se sentó en la cama.

Entonces se fijó en el primer cajón de la cómoda. Se encontraba abierto. Estaba casi segura de que lo había cerrado después de sacar la ropa, pero quizá no lo había hecho, ofuscada por la nota de su padre. Con desconfianza, se levantó y miró en el interior. Hizo amago de coger el sobre, pero desistió moviendo varias veces la cabeza en sentido negativo y cerró el cajón.

Se volvió hacia la ventana. Por las rendijas de la persiana penetraban franjas entrecortadas de luz amarillenta que parecían atrapar el polvo en suspensión.

¿Habría sido eso? Sí. ¿Qué más podría ser? Se convenció a sí misma de que la luz que había visto no podía haber sido más que una de aquellas motas de polvo, pero un poco más gorda. Volvió a tumbarse en la cama y, aunque puso de nuevo el vídeo, intercalaba miradas hacia la pantalla y la habitación, aún desconcertada.

Un rato después, se levantó y se calzó las deportivas. Con recelo, echó otra ojeada al dormitorio en busca de la luz roja. Todavía dudaba si había sido un sueño o una percepción confusa de la realidad. Probablemente, la luz que se colaba por la ventana había provocado el equívoco. Sacudiendo la incertidumbre, terminó de atarse los cordones y salió camino del salón.

Abrió el ventanal y notó una bocanada de calor que presagiaba la pronta llegada del verano. El sol lucía espléndido en medio del cielo azul totalmente despejado. Aún era pronto para salir a la calle. Arrinconó la mesita que había delante del sofá y los dos sillones para dejar el espacio despejado y fue a por el balón.

Mientras lo rodaba simulando que regateaba a un jugador imaginario, pensó en su padre.

«¿Y si me cuelo en el campo de fútbol y me escondo entre las gradas? Alguna vez lo he hecho y nadie se ha dado cuenta».

«¡Qué poco te dura la iniciativa, Bea! Si sigues así, nunca te lanzarás».

«Déjame tranquila ya. Necesito pensar».

«Lo que necesitas es lanzarte. Diles a todos que te encanta jugar al fútbol y vestir así. No pierdes nada por intentarlo. Eso es lo que te hubiera dicho mamá».

Lanzó un resoplido de resignación y movió la mano en el aire en un intento de espantar sus reflexiones.

Por ahora, sería mejor hacer caso a su padre y no colarse en el estadio antes de que finalizara el entrenamiento. Aunque... podía acercarse al campo de fútbol, jugar por fuera hasta la hora prevista y luego entrar. ¡Buena idea!

Agarró el balón bajo el brazo camino de la salida, pero, antes de marcharse, un pensamiento la llevó a regresar sobre sus pasos.

Con el corazón en la boca y la respiración acelerada, recorrió el pasillo de puntillas hasta la puerta del dormitorio. Se detuvo jadeante a causa del recelo y el desconcierto.

Abrió la puerta despacio, con cuidado.

Sin soltar el pomo, echó un vistazo para asegurarse de que todo estaba en orden.

Nada.

Ni rastro del puntito rojo. Lo dicho, alguna de aquellas motas de polvo suspendidas que pululaban por la habitación o algún reflejo de la calle.

Más confiada, entró en el cuarto para coger la mochila. Abrió el cajón de la cómoda y tomó el sobre con el dinero que le regaló su madre. Después de dudar unos segundos, sacó uno de los billetes de cincuenta euros. Guardó el sobre en el cajón, el dinero dentro de la mochila y se marchó.

Un rato después llegaba a las puertas del estadio y se entretenía chutando contra las paredes exteriores para matar el tiempo hasta la hora de entrar. Le encantaba ir allí. Aunque el pueblo era pequeño, tenía un campo de fútbol grande que también utilizaban otros equipos de la comarca.

Desde fuera se oía el silbato. Recordó que le había pedido no llegar antes de las ocho y media para no distraer a los jugadores, pero no pudo resistirse. Quería verlos entrenar. A lo mejor, si se deslizaba con sigilo y se escondía, no se daría cuenta de su presencia en el campo.

